

**“En un primer momento,
tenía inevitablemente que despertar
y estimular en ellos su ser interior
y un sentimiento de justicia
y de ética para así tornarlos activos,
atentos, receptivos y obedientes hacia
el mundo exterior también.”**



11 ¡Abertura!

Puede suceder a veces que a un maestro, por bien preparado que esté y por mucho que se esmere, no le funcionen sencillamente las cosas. Los alumnos están ahí sentados pero con actitud hostil o protestan abiertamente porque no quieren hacer el más mínimo esfuerzo. Cualquier cosa les interesa más que lo que dice el maestro u ofrece el tema. El diagnóstico parece decir que los alumnos se han ensimismado totalmente.

Sin duda alguna, el éxito de la formación depende de condiciones importantes, no sólo por parte del *maestro*, sino también por parte del *alumno*. Lo más importante que deben aportar los alumnos es la *apertura*.

Lo veo así, la vida de las personas se desarrolla por lo general en un campo de tensiones entre dos polos opuestos. En cada situación, el “arte de vivir” consiste en unificar estos polos en una síntesis que se pueda sobrellevar. La polaridad fundamental es la tensión entre productividad y receptividad: por una parte, el hombre debe *salir de sí mismo, comprometerse con el mundo*, por otro lado debe *aceptar hechos, dejarse impresionar*.

Un problema de esta polaridad es el contraste entre “preservar su integridad”, “rehusar influencias” y por el contrario “exponerse a algo”, “abrirse”. Las dos actitudes son necesarias en la vida. Preservarse y defender sus propios intereses es indispensable, cuando uno debe “luchar por la vida” o cuando uno está amenazado. Pero si se trata del propio desarrollo espiritual e intelectual, de la *formación* en un sentido amplio, se precisa la actitud contraria: ir hacia las cosas, entrar en relación con ellas, dejarse impresionar, mostrarse abierto.

“La formación” implica siempre un tipo de *cambio* personal. El que quiera seguir siendo *el mismo de siempre* no es apto para recibir una formación. En toda formación hay siempre un desafío, un salto hacia lo inexplorado, lo desconocido y a menudo también hacia lo que parece una amenaza. Aquél que aprende debe de estar - intelectual y psicológicamente - preparado para reunir las ganas de entrar en relación con lo nuevo. Esto requiere, ante todo, dejar de lado todos los *prejuicios* y abstenerse de sacar conclusiones precipitadas. Ya Pestalozzi había reconocido lo dañino que eran las conclusiones prematuras sobre cosas que se podían conocer únicamente mediante un aprendizaje responsable. Insistía en que él “*no estaba para nada a favor de incentivar a los niños para que hicieran juicios aparentemente maduros, pero en verdad inmaduros, sobre las cosas, sino que más bien trataba de impedirlo tanto como fuese posible, hasta que el niño hubiese observado atentamente y en distintas circunstancias cada objeto sobre el que debía pronunciarse, y estuviese familiarizado con las palabras que describen su esencia y sus propiedades.*” (Sämtliche Werke. Obras completas 13, 217)

Quisiera ilustrar esta consideración por medio de una experiencia propia. En el marco de un proyecto de formación especial traté, durante casi veinte años, de darles - a jóvenes de dieciséis años, aspirantes a maestros - el sentido y la comprensión de la música clásica. Para mí, lo primordial era que los chicos abandonaran sus prejuicios y se dejaran cautivar por sonidos con los que no estaban familiarizados, pero que sin embargo constituyen una parte esencial de la cultura occidental. Me parecía que hacer juicios prematuros y rechazar por consiguiente toda novedad, en vez de abrirse y dejarse impregnar sin prejuicios por lo nuevo, era algo muy común. Una vez, en la primera hora de clase puse el CD con el aria de las *variaciones de Goldberg* de Bach tocada por Glenn Gould y le pedí a los alumnos que dijeran lo que pensaban de lo que habían escuchado. Las declaraciones fueron unánimemente negativas: “el intérprete es seguramente un principiante, se trata probablemente de una grabación realizada después de unas cuantas horas de clases de piano” – “No, tan mal no toca, pero aquí y allá debería de tocar más fuerte o más rápido” – “La *canción* tiene poca energía, no tiene ritmo”- “Se debería de tocar esa *canción* con el violín y sonaría mejor” “La *canción* es demasiado larga” “y porqué no canta nadie ahí – “para resumir, ese compositor no debe haber ido muy lejos”.

Después de esas declaraciones no podía dejar las cosas así y me propuse asustar un poco a esos adolescentes diciéndoles : “Pero ¿qué se creen Uds.? Esta es una composición de uno de los más grandes genios que han habido

y el pianista es uno de los artistas más famosos del siglo XX. No se trata de emitir juicios, de dar opiniones, sino de escuchar atentamente lo que sucede y de fijarse en lo que sucede en el interior de Uds. El objetivo no es saber si la composición les gusta o no, sino de ver en qué medida todos podemos sacar algún beneficio de esa música y a lo mejor entenderla.” Volví a poner el aria y entonces los alumnos expresaron lo que verdaderamente habían escuchado y lo que habían resentido en su interior.

Esto me dio la oportunidad de hablar con ellos sobre la actitud de *abertura*, y felizmente les pareció rápidamente obvio qué tipo de exigencias se deben satisfacer cuando se trata de formación. Esta actitud de *abertura* se puede expresar así: “Veo el peligro y lo reconozco como obstáculo para la enseñanza, cuando ante algo nuevo adopto una actitud fundamentalmente escéptica, de rechazo y emito un juicio que no se basa en un conocimiento real. Por eso estoy dispuesto a dejar de lado todos mis prejuicios, a recibir con serenidad lo que debo analizar y a dejar que esto actúe en mí. ¿En qué medida me sienta bien lo nuevo? y ¿cómo puedo y debo situarlo dentro de lo que ya está dentro de mí? Esto se hará automáticamente a través del análisis honesto y abierto.”

Los prejuicios de la mayoría de los jóvenes respecto a las artes plásticas, sobre todo frente al arte moderno, es al menos tan grande como ante la música. Muchos consideran que no es más que un puro engaño y una manera de enriquecerse. Aquí también se trata, como para cada cosa que se quiere enseñar, de lograr que los alumnos adopten una actitud de *abertura*. Sólo entonces estarán dispuestos a ver una pintura como tal, como lo que es - es decir una pintura y nada más - y por consiguiente verla sin prejuicios y dejar que actúe (o que surta efecto) en uno. De esta manera, mis alumnos aprendieron la diferencia fundamental entre la pregunta “¿Qué se *supone* que es eso?” y “¿Qué es eso?”. Si hacemos la primera pregunta, *suponemos* que lo que vemos no tiene piés ni cabeza. Si hacemos la segunda, estamos abiertos y dispuestos a recibir una contestación.

Para nosotros, los maestros, surge naturalmente la pregunta de saber cómo podemos lograr que los alumnos adopten esa actitud abierta ante el aprendizaje y el cambio. Para ello se precisa algo que facilita o simplemente hace posible la *abertura* de los alumnos, y es la *verdadera autoridad*. Si no hubiese percibido en aquel momento que la clase de aspirantes a maestros me había básicamente aceptado y que mi palabra tenía para ellos cierto valor, hubiese renunciado a mi intervención algo provocadora. Comprometerse con algo nuevo es siempre un reto y la confianza creada por una autoridad genui-

na estimula a los alumnos para asumir el reto. La confianza que los alumnos depositan en el maestro le permite a él también abordar, una y otra vez, el tema de la abertura, al menos en las clases superiores, y exigir de esta manera que se abran a nuevos objetos de estudio.

La abertura, en tanto actitud fundamental de los alumnos, sólo se puede lograr cuando también nosotros, en calidad de maestros, nos preocupamos a cada instante de que los alumnos se *puedan* abrir. Básicamente, esto sólo es posible en una atmósfera tranquila. Si los bombardeamos con informaciones y tareas, destruiremos esa atmósfera y los alumnos se pondrán a la defensiva. La abertura puede crearse únicamente si sopesamos correctamente cada palabra que decimos y si le concedemos a los alumnos el tiempo necesario para comprenderlas y para que surtan efecto en ellos. También es importante que los alumnos puedan percibir que el maestro también está comprometido con lo que dice. Si para nosotros no representa nada, eso que a los alumnos le servimos como alimento espiritual, a ellos los dejará también indiferentes.

Con la referencia a la autoridad del maestro surge automáticamente la analogía por parte de los alumnos en cuanto a la *obediencia* y la *disciplina*. En principio, únicamente los alumnos disciplinados son capaces de aprender. Pero hablar de obediencia y de disciplina hoy en día se ha vuelto difícil, por lo que reservo un capítulo entero a estos temas. Mostraré que la abertura que aquí postulo es, en cierta medida, idéntica a la obediencia y a la disciplina.